

EL OCCIDENTE.

DIARIO POLITICO.

EN MADRID.

Martes 14 de julio de 1857.

EN PROVINCIAS.

EDICION DE LA MAÑANA.

AÑO III.—NUM. 779.

MADRID 13 DE JULIO.

En la Gaceta de ayer aparece una real orden circular, expedida por el ministerio de la Gobernación, previniendo a los gobernadores que se dediquen con el mayor celo posible a proscribir la pernicioso costumbre introducida en algunas provincias de quemar los rastrojos y los montes con el fin de abonar las tierras y hacerlas mas productivas para el año siguiente. El espíritu, y aun el tenor de esta real orden, se dirigen a evitar que por una imprudencia temeraria se propaguen incendios cuyas consecuencias materiales pudieran ser muy funestas, afectando los ánimos ya preocupados por las escenas de asolacion y vandalismo de que han sido últimamente teatro algunos infortunados pueblos de Andalucía.

Nosotros aprobamos sinceramente esta disposición. El deseo de fecundizar los campos con un abono de éxito, a veces improbable, sobre todo cuando las lluvias no sobrevienen en abundancia, no debe constituir razón suficiente para que se permita el que las llamas devoren con su incontrastable actividad, elementos de riqueza positiva; el único patrimonio en ocasiones dadas de numerosas familias. Frecuentemente el fuego, propagado por una mano inesperta, ha convertido en montones de frías y livianas cenizas granjas, alquerías, sotos y bosques seculares, cuya utilidad es tan inmensa en un país donde las construcciones van tomando rápido vuelo, sin que se halle en la misma proporción el fomento del arbolado. Deber, y muy imperioso, el primero en orden de importancia, es de todos los gobiernos el dispensar una protección ilimitada a la propiedad, verdadera alma de las naciones, fuente única y origen absoluto de cuantas fruiciones puede obtener el género humano.

Una resolución semejante, sería digna de elogio en circunstancias normales; pero en las críticas que atravesamos es, en nuestro concepto, de todo punto indispensable. Hubo un tiempo en que el incendio era un crimen mas bien consignado en las leyes penales, que no conocido en la práctica; el hombre que a sangre fría perpetraba un delito de esa especie, estaba considerado como el mayor monstruo de iniquidades, como la última aberración de la naturaleza, como el epitome de todos los vicios, de todas las pasiones rastrojas y venenosas. Las almas nobles y puras acataban apenas a concebir la existencia del incendiario y hubieran deseado que los legisladores, a ejemplo de lo que hizo Solon con el crimen de parricidio, hubiesen omitido el espasmo este, suponiendo la imposibilidad moral de cometerle.

En efecto, la imaginación mas lúgubre, la filosofía mas severa y misantrópica, comprenderán siempre difícilmente, como el incendiario puede descender tan al último extremo en la escala de su degradación. En los otros delitos, aun en los mas horribles y repugnantes, se advierte una audacia que desafía al peligro, género de valor que tiene apologistas en esas organizaciones semisalvajes, albergadas todavía en el fondo de las sociedades cultas. Pero el incendiario carece de toda consideración, de toda afinidad con nuestro ser racional e inteligente; perdido a la vez que cobarde, fragua en el silencio su crimen; arroja, rodeándose con el misterio mas profundo, el germen de destrucción en masas inertes; no lucha por nada ni con nadie, y creyéndose casi siempre a cubierto de cualquier sospecha, goza con el espectáculo que el mismo se ha proporcionado, y ensaya una sonrisa satánica al resplandor de las llamas que consumen la fortuna, el porvenir y hasta la existencia física de inocentes individuos. Este crimen tiene sobre los demás la odiosa ventaja de no poder calcular su perpetrador los daños que ha de causar, y en pocas circunstancias, el brazo del incendiario, movido por el sentimiento de la venganza, va a herir a seres y a objetos que quizá le fueron queridos o por lo menos indiferentes.

Por desgracia este crimen-fenómeno, se repite en nuestro país de dos años a esta parte, y por desgracia, todavía mayor, se ha presentado a la sombra de una bandera política. Verdad es que ha desaparecido como una exhalación para sepultarse en el seno de la tierra; pero en su breve tránsito, la exhalación ha causado males, algunos de ellos irreparables. ¿Quién devolverá a los infelices habitantes de Utrera los preciosos documentos que han servido de pábulo al fuego? ¿Cómo hallarán las garantías de sus contratos, los títulos de sus fincas, la justificación de sus derechos? ¿Qué semillero de costosos litigios, si la mala fe viene a consumar la obra, iniciada por los modernos escitas! El incendio, casi inconcebible como crimen aislado e invertido ahora en sistema revolucionario! Y los que predicaban esas doctrinas se llaman a sí mismos los apóstoles de la civilización, los fervientes misioneros de la fraternidad, los Moisés de la humanidad esclavizada! Hacen bien; su obra es demasiado monstruosa para presentarla sin el velo de la hipocresía. Mas afortunadamente el velo se ha descorrido, y ya cada cual sabe a qué atenerse en orden

a esos insensatos proyectos de regeneración: Quieren que la luz de las hogueras ofusque la luz de la inteligencia; esa es su civilización: quieren que los hermanos esterminen a los hermanos; esa es su fraternidad, la fraternidad de Cain: quieren que la humanidad salga de su quicio, para precipitarla en el mar de las pasiones mas abominables y de los mas horrendos delitos. Nunca se ha visto en el mundo raza de hombres semejantes; historiadores graves nos hablan de un pueblo enclavado en una de las montañas de Asia, cuyo jefe se concedoraba con el título de *Príncipe de los asesinos*; pero sus escosos quedan muy atrás de los que se proponen cometer los flamantes socialistas.

Se siente hervir la sangre en las venas al considerar que esos fanáticos de nuevo cuño han abrigado por un momento la ilusión de que el triunfo de sus delirantes doctrinas sería posible en nuestra época. Tan desmoronada juzgan a nuestra sociedad, tan atormentada por dolores insostenibles que ha de ir loca, delirante arrastrada por un vértigo, a buscar el único remedio en el suicidio? ¡Ah! se engañan indignamente; la España, aunque trabajada por la discordia, va progresando en artes, en comercio, en industria, en ciencias, en población; y no desea nada que una paz profunda para desenvolver los admirables gérmenes de prosperidad con que la ha dotado la Providencia. La España, que ha protestado con una energía suprema contra las revoluciones, había de acoger las funebres quimeras del que llaman esos seres abyectos socialismo?

No obstante que esa ilusión se halla tan distante de la realidad como la luz del mediodía de la oscuridad de la noche, conviene que el rigor haga entrar en razón a los mismos ilusos y cierre para siempre al malvado la carrera de sus desacatos. El incendiario al perpetrar su crimen ha roto todas las relaciones sociales; que la espada de la ley caiga sobre su cabeza, fría, rápida e inflexible. Trances hay y situaciones en que debe emplearse la indulgencia con los delincuentes políticos; mas para los que invocan la política con el fin de hacer una guerra a muerte a la sociedad, la indulgencia sería una debilidad reprensible. Por eso aprobamos de todo corazón la real orden del 11, y aprobaremos todas cuantas medidas tiendan a impedir directa o indirectamente la repetición de los terribles dramas representados en Valladolid y en Utrera.

Abrióse ayer la sesión del Senado a las dos y veinte minutos, aprobándose el acta de la anterior.

Entrándose luego en el despacho ordinario, se dió cuenta de varias comunicaciones en las que los señores Huet, Vazquez Queipo y marqués de Senmanat, participan su salida de la corte.

En seguida se publicaron como leyes dos sancionadas ya por S. M.

Es la primera la que faculta para la prolongación del ferro carril de Barcelona y Gerona, hasta la frontera de Francia. La segunda, la autorización al gobierno para plantear la ley de imprenta.

También se leyó el dictamen de la comisión sobre el ferro-carril de Utrillas al Ebro, y se dió segunda lectura a la proposición del señor Cantero, en que habia pedido que se presentara la liquidación del empréstito Mirés.

El señor Cantero, para apoyarla, espuso que es preciso el estudio de este documento, para examinar los presupuestos y demás medidas económicas del gobierno, sobre que se ha dado ya dictamen.

Levantóse el señor Lersundi, y manifestó que no hallándose el ministro del ramo, debía suspenderse toda decisión del Senado sobre el particular, a fin de que pudiera oírse al señor Barzanallana y resolverse con mayor conocimiento.

Volvió el señor Cantero a usar de la palabra, expresando que sentía la ausencia del señor ministro de Hacienda, pero que esto no era obstáculo para que se acordara la presentación del documento que pedía, y que siendo tan importante para estudiar con él la cuestión de los presupuestos, no debía esperarse a que la liquidación se mande a la Cámara en los momentos de emprenderse la discusión.

Acto continuo se entró en el orden del día, concediéndose la palabra al señor Olivan, quien se levantó a defender el dictamen de la comisión sobre el proyecto de instrucción pública.

El señor Olivan se extendió largamente en la defensa del profesorado y de las bases del proyecto de ley de instrucción pública, fuertemente combatidas el sábado por el señor Estébanez Calderon; pero la escasa voz de S. S. y los murmullos de la cámara nos impidieron oír las razones que el orador empleó para contestar al señor Estébanez.

El señor Sierra combatió a su vez al proyecto, y le combatió por los mismos motivos, y fundado en los propios defectos que los señores Tejada y Estébanez Calderon creyeron ver en las bases.

Esforzó S. S. los argumentos, pero llevando su amor a lo antiguo y a lo inquisitorial mas lejos aun que lo habian hecho sus predecesores en el

uso de la palabra, hasta el punto de ensalzar el plan de estudios del año de 1771 y el de Calomarde, y de concluir su discurso diciendo, que combateré y reprobaré el proyecto, porque elevando a esta la categoría de ley, se sancionará el plan de estudios existente, que está basado sobre propiedades y desatinos.

El señor Moyano tomó a su cargo contestar a los tres oradores que han hablado en contra del proyecto, y preciso es convenir en que lo hizo cumplida y razonadamente. S. S. elevó la discusión a su verdadero terreno y defendió al profesorado y a la época actual, para la cual se hará la ley de instrucción pública, de los exagerados ataques y de las violentas censuras de que una y otra han sido blanco ayer y el sábado en el alto cuerpo colegislador. Sus concluyentes y oportunas razones debieron producir la convicción en el ánimo de los señores senadores, y no dudamos que si las horas de reglamento no hubiesen sido pasadas, ayer hubiera quedado aprobado el dictamen de la comision. No pudo ser así, y hoy continuará este asunto con la discusión de otros negocios pendientes.

Ayer quedaron aprobados en el Congreso los artículos 17 y 18 del proyecto de ley sobre reforma constitucional. Los debates consumieron casi toda la sesión, que duró hasta las siete y cuarto; pero, en rigor, puede decirse que solamente el art. 17 dió lugar a verdadera discusión.

Inauguró la polémica el señor Sanchez Silva, con un discurso, que si puede ser considerado como de oposición progresista atendiendo a las ideas políticas del orador, en su doctrina, en sus formas y en su objeto no es sino de oposición conservadora. Despojándole de algunos leves accidentes en que se revelan los principios de la escuela progresista, el discurso del señor Sanchez Silva podría muy bien ser prolijo por los que combaten la reforma del Senado sin dejar de pertenecer a la comunión moderada; por los que creen que este proyecto ataca en su letra y en su espíritu a la integridad de la Constitución de 1845; por los que, sin dejar de llamarse moderados, sostienen que esta innovación lastima las prerogativas de la corona y marca el primer paso en la senda de las reacciones, de que quisiéramos ver siempre alejado a nuestro partido.

El señor Sanchez Silva no defendía ayer tan solo la causa de los progresistas; abogaba por los intereses generales del régimen constitucional. Demostró que el proyecto presentado a las Cortes era innecesario, inoportuno, disolvente, anticonstitucional y atentatorio a las prerogativas del rey. Sobre esta última proposición, el señor Sanchez Silva estuvo severo, inflexible, pero justo, con el gobierno. «Nosotros, progresistas, decia, tenemos que venir aquí a defender las inmundidades de la corona, contra vosotros que os llamais moderados y monárquicos por excelencia.» Estas palabras nos causaron una dolorosa impresión, por lo mismo que encerraban un cargo incontestable contra nuestro partido, representado en el poder por el ministerio que ha traído a las Cámaras una reforma tan desatentada.

Tampoco nosotros podemos comprender los poderosos motivos que han impulsado al gobierno a provocar hoy la cuestión de reforma del Senado, ni hemos oído ninguna razon verdaderamente seria que la justifique. Si, como creia el señor Sanchez Silva, la reforma tiene por objeto impedir que se reproduzcan en la alta Cámara votaciones como la que contribuyó a derribar en 1854 la administración del conde de San-Luis, en tal caso habria razon para decir que se trata de ofender la independencia de aquel cuerpo, lo cual es a todas luces inadmisible.

Pasando a ocuparse de la grandeza, el señor Sanchez Silva discurrió con sumo acierto acerca de las diferencias capitales que existen y han existido siempre entre la grandeza española y la de Inglaterra y de otros países; a los que se pretende equiparar con el nuestro. Efectivamente, la nobleza inglesa ha tomado en todos tiempos la iniciativa en las reformas políticas que allí se han sucedido; ha ido arrancando al poder real todas las concesiones, todas las garantías y todos los derechos que, reasimidos y perfeccionados, han servido de cimiento al sólido edificio de las instituciones liberales en aquel país; ¿Ha sucedido esto, por ventura en España? No, seguramente; y sería ocioso detenernos en demostrarlo, porque la historia nos sale al encuentro y confirma esta verdad en cada una de sus páginas.

A demás de otras muchas razones que el claro talento del orador hallaba para oponerse al proyecto de reforma, expresó que con él se alteraba la Constitución del Estado, y que no tenían, por lo mismo, autoridad las actuales Cortes para reformar el código fundamental. De lo contrario, se establecia un precedente que podía ser fuertemente usado por el sistema representativo, por que una vez abierta la puerta a estas reformas, cualquier gobierno se creara facultado para seguir por el camino de las restricciones. Insistió en que la reforma era un atentado contra las prerogativas del trono, añadiendo que lo que ahora se hacia, justificaba la revolución de 1854, anatematizada por el partido moderado.

A contestar al señor Sanchez Silva se levantó el señor marqués de Añón, quien pronunció un buen discurso, nutrido de erudición y de ideas filosóficas, en defensa del principio hereditario. En su juicio, la cuestión que se debatía venia planteada de mucho tiempo atrás, y el gobierno no habia hecho otra cosa que resolverla en la forma que habia creído mas conveniente a los intereses sociales. La reforma del Senado se presentaba con todos los caracteres de legalidad, a diferencia de lo que habia sucedido con otras medidas de este género, entre ellas el acta adicional de 1856, decretada sin la intervención del Parlamento. El joven orador examinó las causas que, a su parecer, habian producido la caída de nuestras antiguas libertades; causas que él hacia derivar de las Cortes de Toledo, en las cuales los procuradores de las ciudades perdieron su carácter elevado e independiente, convirtiéndose en instrumentos pasivos de la autoridad del monarca. Analizó la marcha y el progreso de las ideas en nuestra época, y hallando que el socialismo habia tomado un desarrollo alarmante, concluyó que era necesario oponerle un dique, robusteciendo el principio de autoridad y de familia, para lo cual debian restablecerse las vinculaciones.

El señor marqués de Añón, joven agradable, distinguido y simpático, se expresó con facilidad y en muy correcto estilo; pero no consiguió destruir ninguno de los argumentos aducidos contra la reforma.

Siguieron en el uso de la palabra los señores marqués de San Carlos y Zaragoza, después de lo cual, el art. 17 fué aprobado en votación ordinaria.

El señor Borrego explicó muy razonadamente los motivos que habia tenido para renunciar la palabra en la sesión anterior, y contestando a las frases pronunciadas en la misma por el señor duque de Valencia, afirmó que habia obrado espontáneamente, y que para ello no habia obedecido a sugerencias ni acuerdos de ninguna clase.

El señor Santa Cruz mandó leer la proposición que su señoría presentó en el primer periodo de las Cortes constituyentes, y en la que se ponia fuera de toda discusión el trono constitucional de doña Isabel II.

Desde este momento puede decirse que ya no hubo discusión sobre el proyecto de reforma, porque el señor Canga Argüelles, que pidió la palabra en contra del artículo 18, apenas se ocupó de las vinculaciones restablecidas en el mismo, sino que dirigió su caloroso discurso a atacar al sistema representativo bajo la moderna calificación de *parlamentarismo*, que es como le llaman los partidarios del régimen absoluto. Ya en otra ocasión nos hemos ocupado de las ideas políticas que defiende el señor Canga Argüelles, y que pretenden fundar dentro del Congreso una parcialidad que no cabe en las condiciones del régimen liberal.

Nada diremos, pues, del discurso vehemente del señor Canga. Este joven diputado es muy instruido y se espresa con suma corrección y con una facilidad y elocuencia, que nosotros reconocemos con el mayor gusto, al par que sentimos verle empeñado en la defensa de una causa tan desesperada como repugnante a la opinión general y al espíritu que domina en la época presente. Pintó S. S. con los mas negros colores la agonía del sistema representativo; lanzó las acusaciones mas terribles contra sus partidarios que, según la espresion del Sr. Canga, *ni conceden ni niegan, sino que distinguen*; dijo que la política del gobierno era el *liberalismo doctrinario*; acusó a esta política de no haber producido nada fecundo en todo el tiempo que llevaba en el poder el actual gabinete; atacó la reforma del Senado, porque era demasiado mezquina para las aspiraciones del partido absolutista; y por último, dijo que no habia salvación para nuestro país fuera de los principios monárquico-religiosos.

Al señor Canga Argüelles contestó el presidente de la comisión, señor Gonzalez Brabo. Conociendo de todo el mundo las dotes oratorias de S. S.: pero debemos confesar que en su improvisación de ayer se elevó a una altura prodigiosa. Elocuente, razonador, profundo, vigoroso y severamente lógico, el señor Gonzalez Brabo no parece sino que quiso reunir en un esfuerzo supremo todos los recursos de su talento, de su imaginación y de su raciocinio para aniquilar de una vez para siempre a los impugnadores de la idea liberal y del sistema parlamentario.

Demostó que el principio absolutista, defendido por el señor Canga Argüelles, no habia producido a España durante su largo imperio, ni una pequeña parte de los adelantos y mejoras, asi morales como materiales, que habia traído consigo el gobierno representativo.

Protestó contra el dicho del señor Canga, de que la tribuna parlamentaria es la *cátedra* del sofismo, cátedra que ocupan, sin embargo, los sectarios del absolutismo.

Probó que la discusión ha sido proclamada y practicada por los santos padres y por los concilios. «Suprimid la discusión, dijo, y suprimis la Iglesia.»

Doloró que se quisiera hacer del catolicismo una bandera de partido, lo cual, en un país esencial y exclusivamente católico, como el nuestro, es un verdadero sacrilegio. «¿Da cuando acá, exclamaba enérgicamente el orador, se pretende hacer el catolicismo patrimonio privativo de los monárquicos?»

A la luz de la filosofía y de la historia, hizo ver que los partidarios del régimen absoluto no pueden serlo mas que de la rama del principio proscripto, único representante de aquel principio. «Se concibe por ventura una monarquía absoluta representada por la que hoy es reina constitucional, doña Isabel II?»

Negó que hubiese muerto el principio parlamentario, como sostenia el señor Canga; y en cuanto a los partidos constitucionales, que a juicio de dicho señor estaban totalmente disueltos, el señor Gonzalez Brabo manifestó que estaban fraccionados, pero no muertos; y con este motivo presentó un cuadro exactísimo de las profundas divisiones que existían entre los partidarios del absolutismo, divisiones que empezaron a estallar en su seno desde que se encendió la guerra civil.

Pero es vano empeño el de querer encerrar en los límites de esta reseña, todos, ni siquiera una pequeña parte de los puntos que abrazó en su brillante improvisación el señor Gonzalez Brabo. Cuando tengamos el *Diario de las sesiones*, publicaremos integro este discurso, uno de los mas notables que se han pronunciado en la presente legislatura.

Después de rectificar los señores Canga Argüelles y Gonzalez Brabo, usó de la palabra el señor marqués de Pidal. Su señoría tuvo que acogerse a las ideas liberales, lo cual encierra una alta enseñanza, que quisiéramos no echase en olvido el señor ministro de Estado.

Aprobado el artículo 18, y suspendida la discusión, el señor Nocedal manifestó que el gobierno no creia prudente en el estado de las circunstancias, entrar en el debate a que le provocaba una proposición del señor Gonzalez de la Vega, de que al principio de la sesión se habia dado cuenta, y que versaba sobre las prisiones verificadas estos últimos dias en Madrid. Añadió el señor Nocedal que el gobierno contestaría cuando pudiera hacerlo sin compromiso para el orden público.

Nada mas notable ofreció la sesión, como no sea el haber quedado proclamada como ley la relativa a la imprenta, sancionada ya por S. M., y que probablemente se publicará en la Gaceta de hoy. En ella se concederá un mes de término para habilitarse los periódicos del editor y depósito con que se trata de *enlucir* a la prensa. Tenemos esta noticia por el señor ministro de la Gobernación que lo manifestó así, contestando a una oportuna pregunta que sobre el particular le dirigió el diputado señor Estrella, digno escritor público.

En el artículo que consagra *El Leon Español* de anoche a dar cuenta de la sesión del sábado, tropezamos con el siguiente párrafo:

«Leído el dictamen de la comision, el señor Mazo quiso hacer valer un artículo del reglamento para que no se discutiera hasta que los diputados hubieran tenido tiempo para estudiarle. Señalado para la discusión desde el viernes, impreso y repartido el dictamen, la petición del señor Mazo fué inoportuna y mas todavía por los términos en que la hizo, suponiendo que esta cuestión atacaba violentamente a las prerogativas reales y al sistema constitucional. La inoperancia del joven diputado por la provincia de Santander, le llevó mas allá de lo que se habia propuesto; pero dada la señal y fieles al compromiso que, según parece, habian contraído de antemano, renunciaron la palabra los señores Borrego y Gonzalez de la Vega y no se presentó en el salon el señor Sanchez Silva; todos los cuales la tenían pedida en contra.»

Las anteriores líneas contienen casi tantas inexactitudes como palabras.

El señor Mazo no quiso hacer valer, sino que hizo valer el artículo del reglamento a que alude nuestro colega; y decimos que le hizo valer, porque su lectura demostró que, en efecto, los diputados no habian podido tener tiempo para estudiar el dictamen.

La petición del señor Mazo no fué inoportuna, como inoportunamente afirma *El Leon Español*, y mucho menos por los términos en que la hizo, mucho mas oportunos que los que emplea nuestro colega para censurarla.

El señor Mazo no supuso, sino que afirmó, porque tal era entonces y tal es hoy su convencimiento, que la cuestión ataca a las prerogativas reales y al sistema constitucional.

El señor Mazo no fué mas allá de lo que se habia propuesto: llegó a donde queria ir, a donde de antemano se habia propuesto ir; entendiéndolo nuestro colega.

Por último, no hubo acuerdo con nadie, señal, convenida ni compromisos previamente contrados. El Sr. Mazo lo dijo así en las Cortes, así está escrito en el *Diario de las Sesiones*, así debe saberlo el director de *El Leon Español*, puesto que es diputado, y así debe entenderlo tambien todo el que rinda culto a la verdad y a la buena fe. Quien después de tan explícita manifestación se atreve, no ya a asentar, pero ni siquiera a sospechar que el Sr. Mazo obró, cuando hizo uso de un legítimo derecho, en connivencia o de acuerdo con ningún otro individuo, falta completamente a la verdad y tiene en poco la buena fe.

Por lo demás, para saber si el señor Mazo procedió bien o mal en el incidente de que con escasa fortuna se ha apoderado *El Leon Español*, basta echar una ojeada sobre el espíritu de la prensa que mas adelante insertaremos.

Hemos concluido.

Y 5.º Que respecto al caso que ha dado motivo a este expediente, el día 11 de setiembre, señalado para el llamamiento y declaración de los soldados de la reserva, existía en las filas del ejército el hermano de Miguel Julia, puesto que no se dio de baja hasta el 21 del mismo mes, en que recibió su licencia absoluta; la Reina (Q. D. G.), conforme con el dictamen emitido acerca de este asunto por las secciones de Guerra y Gobernación del consejo real, se ha servido confirmar los acuerdos del ayuntamiento de Lluich-mayor y de la diputación de esa provincia, por los que se declaró exento del servicio a Miguel Julia; y desestimar en su consecuencia la reclamación que contra los mismos ha producido Pedro José Sanoguera; siendo al propio tiempo la voluntad de S. M., que esta resolución se circule a todos los gobernadores de provincia, y sirva de regla general en cuantos casos análogos puedan ocurrir en lo sucesivo.

De real orden, comunicada por el expresado señor ministro, lo traslado a V. S. para los efectos correspondientes. Dios guarde a V. S. muchos años. Madrid 9 de julio de 1857.—El subsecretario, Antonio Gil de Zárate.—Señor gobernador de la provincia de...

MINISTERIO DE FOMENTO.

Agricultura.

Excmo. señor: La Reina (Q. D. G.) se ha enterado de la comunicación de V. E. fecha 26 de mayo último, dando cuenta de haber cumplido esa real academia el encargo que S. M. se dignó confiarle en real decreto de 31 de julio de 1855, consistente en el examen y censura de las obras que se presentasen al concurso abierto para premiar al autor del mejor Manual de geología aplicada a la agricultura y a las artes industriales; y en su vista S. M. se ha servido disponer que se conceda el premio y ventajosa ofrenda al autor del Manual de geología que se distingue con el núm. 4 y el siguiente lema: «La Geología es la base racional de la agricultura y de las artes industriales; que observando la costumbre establecida en casos análogos, el plego cerrado que debe contener el nombre del autor del Manual premiado se abra en la primera sesión pública que celebre esa real academia, y que el ministro que suscribe tenga la honra de presidir en su nombre, para lo cual se designará oportunamente el día en que haya de verificarse.

De real orden lo digo a V. E. para su conocimiento y efectos oportunos. Dios guarde a V. E. muchos años. Madrid 1.º de julio de 1857.—Moyano.—Señor presidente de la real academia de ciencias.

CORREO ESTRANJERO.

La falta de espacio nos obliga a retirar el correo extranjero de hoy, el cual, por otra parte, es poco interesante.

CORTES.

SENADO.

PRESIDENCIA DEL EXCMO. SEÑOR MARQUÉS DE VILUMA.

Extracto de la sesión celebrada el día 13 de julio de 1857.

Se abrió a las dos y cuarto, y leída el acta de la anterior, fue aprobada.

El Senado quedó enterado de que los señores don Vicente Vazquez Queipo, D. José María Huel y marqués de Santamaría, excusaban su falta de asistencia a las sesiones por tener que ausentarse de esta corte.

También lo quedó de que la sétima sesión había nombrado para la comisión sobre el proyecto de ley relativo al ferrocarril de Reus a Montblanch, en reemplazo del señor marqués de Girona, al señor conde de Baza; y de que la sexta sesión había igualmente elegido para las comisiones sobre los ferrocarriles de Utrilla y Gargallo al río Ebro, en reemplazo de los señores marqués de Aquepey y D. Matricio Carlos de Quiza, al señor marqués de Malpica.

Se leyeron y publicaron como leyes las siguientes: 1.º Autorizando al gobierno para plantear la ley de imprenta, tal como la ha aprobado la comisión del Congreso de señores diputados; y 2.º Sobre el ferrocarril de Barcelona a Granollers y Arenys de Mar.

El Sr. PRESIDENTE: Los señores secretarios de las comisiones que han evacuado sus dictámenes, podrán pasar a la tribuna a leerlos.

Ocupando en efecto la tribuna el señor duque de Modina de las Torres, leyó un dictamen sobre el ferrocarril que, partiendo del crujero carbonífero de Utrilla, debe terminar en el Ebro.

Leyóse por segunda vez la siguiente proposición del Sr. Cantero:

«Propongo al Senado que acuerde pedir al gobierno la liquidación que se haya hecho del empréstito de 300 millones, a fin de tenerla presente en la discusión del proyecto de autorización para la ejecución del presupuesto.»

En apoyo de esta proposición, dijo el Sr. CANTERO: Saben los señores senadores que tenemos a la orden del día el proyecto de ley de presupuestos, en el cual hay una partida de 240 millones procedentes del empréstito de los 300. Nada más natural y justo que el deseo de tener a la vista la liquidación que se ha hecho de este empréstito en una cuestión. Por otra parte, está liquidado y debe estar hecha, puesto que no faltando en la actualidad sino un pago, que vence el 17 de agosto, las oficinas de la deuda deben haber hecho con anticipación la liquidación de toda la deuda.

El señor ministro de MARINA (Lersundi): Siendo esta proposición de una naturaleza especial, rogaria al Senado suspender su resolución hasta que el señor ministro de Hacienda estuviera presente para que dijera las explicaciones necesarias.

El Sr. CANTERO: No puedo tener inconveniente en aceptar lo que propone S. S. pero como mañana o pasado se discutirán probablemente los presupuestos, desearia para entonces tener presente esa liquidación, lo cual no podría suceder si el señor ministro de Hacienda no asistiese al Senado hasta el mismo día de la discusión. Por otra parte, esto es ya un asunto oficial, y como tal público, y por lo tanto no debe tener inconveniente ninguno el gobierno en que venga al Senado.

El señor ministro de MARINA (Lersundi): No solo no tiene inconveniente en ello, sino que por el contrario, tendrá un placer en traer aquí el documento a que alude el señor Cantero, como en efecto lo traerá. Entretanto, pudiendo ser citado en esta misma sesión el ministro del ramo, creo que debe suspenderse esto hasta que venga.

El Sr. PRESIDENTE: Se va a preguntar al Senado si se suspenderá el tomar en consideración esta proposición, hasta que venga dicho señor ministro.

Heccho la pregunta indicada por el señor presidente, el acuerdo del Senado fue afirmativa.

El Sr. PRESIDENTE: Orden del día: continúa la discusión sobre el proyecto de ley de instrucción pública. Tiene la palabra el señor Olivan.

El Sr. OLIVAN: Si me hubiera sido dado concluir mi contestación al señor Esteban Calderón en la sesión última, me habría concretado a responder a sus observaciones por el orden en que fueron enunciadas. Hoy, después del tiempo transcurrido, debo procurar introducir algo más de método en mi exposición, si bien procuraré no abusar de la atención del Senado.

Los señores que han hablado en contra del proyecto de ley, han creído que adolecían las bases de una gran vaguedad, y que sobre ellas podía formarse una ley que en el otro sentido, sin hacerse cargo de que hay una legislación existente, que por un orden regular no sufriría notables alteraciones.

La primera razón que hay para que se apruebe una ley sobre la instrucción pública, es la de que conviene que la enseñanza no esté sujeta a frecuentes alteraciones. En 1845 se sancionó un plan de estudios; en 1847 otro, y otro en 1850; tres planes en cinco años; sin contar el reglamento que en 1852 se dio para su ejecución. El Senado comprenderá los inconvenientes de una inestabilidad como esa.

Voy a contestar al señor Esteban Calderón, a quien siento no ver en su sitio. El señor Tejada dijo que era conveniente que se habitase a los escolapios para la primera enseñanza, y el señor Esteban Calderón nos dijo a su vez que pululen los escolapios, y a falta de estos, que sean las mujeres las que den la primera educación. Al oírse esto, podría parecer que se ha puesto a los escolapios a guisa de obstáculo, cuando en realidad no ha sido así; puesto que lo que hay es que no se hacen las cosas tan fácilmente como a S. S. parece, ni se encuentran todos los profesores a propósito para dar esa extensión a la enseñanza en la forma que S. S. desearia lo hiciera esa corporación.

Ha dicho también el señor Esteban Calderón que el plan de estudios del 45 secularizó la enseñanza, y que el del 52 quitó la teología a las universidades, siendo el plan mejor a los ojos de S. S. el del año 24, sin considerar que ese plan lo era de ideas grandiosas, si, pero que por su misma grandiosidad era más bien teórico que práctico; y precisamente, después de establecer una universidad en cada provincia, sujeta a los seminarios al mismo plan de estudios que las universidades, no siendo posible mayor secularización que la que en él se hacía.

En el plan de estudios del año 50, que es el designado por S. S. como plan del 52, se estableció precisamente la enseñanza de la teología en las universidades; enseñanza que se quitó después a consecuencia de la interpretación que se dio al artículo 25 del Concordato: de suerte que no se quitó, como cree S. S., por el espíritu de libertad de la época, sino por el de ultramontanismo.

Después ha hablado también S. S. de la codicia de los catedráticos, que, según cree, obligan a los discípulos a comprar los libros de que ellos son autores; y en esto ha padecido otra equivocación S. S., porque precisamente es el gobierno el que señala los libros que han de servir de texto, y al hacerlo designa tres a cada asignatura, no pudiendo, por consiguiente, los catedráticos hacer otra cosa que elegir entre los autores indicados.

Tampoco hay lugar a la queja de S. S. de que los catedráticos no tengan como premio a sus años de servicio la entrada en el consejo de instrucción pública, pues siempre han formado parte de él o de la dirección de estudios, cuando la había, y lo mismo sucede ahora.

Acercó del restorador, dijo el señor Esteban Calderón que era una degradación que los rectores fueran nombrados por S. M. ¿Qué ideas son esas? Tal aserción es una especie de eufemismo que no comprendo, una vez admitido el orden político-administrativo que hoy tenemos, conforme al cual, el ministro es responsable de los actos de los funcionarios que nombra.

Dijo también S. S. que eran antes elegidos los rectores por el claustro de catedráticos; ¿pero aseguraba esto el señor? No bien sabemos lo que son elecciones, y todos hemos oído lo que eran estas a puerta cerrada, en comunidades y claustros.

La base sobre que más discutido el señor Calderón, fue la de que la enseñanza primaria sea obligatoria, indicando que esto sería importación de Francia. Precisamente en Francia no es obligatoria esa enseñanza: nosotros adoptamos por primera vez este principio en la Constitución del año 12, consignándose en ella que no gozará del derecho político el español que el año 30 no supiera leer ni escribir. Verdad es que esa resolución no se ha llevado a cabo; pero el principio permanece vivo, como sucede, por ejemplo, con la ley del sistema métrico decimal, para cuya ejecución rigurosa se han marcado ya varios plazos, y aun no ha tenido lugar; pero la idea se mantiene viva, y todos van familiarizándose con ella, preparándose el momento de adoptarla por completo.

«Pero no es doloroso, respecto a la enseñanza, considerar que a la vez que hay provincias en las cuales casi todos saben leer y escribir, existen otras que no cuentan un 3 por 100 de individuos con esa instrucción; es, pues, conveniente exigir que todos reciban enseñanza, no sólo en bien de los individuos, sino en el de la sociedad en general; exigencia que no es tan dura, si se considera que el que no pueda costearla la recibirá gratis en la escuela pública.»

También dijo S. S. que las ciudades debían darse por oposición, como en lo antiguo, sin obligar a los opositores a presentar títulos de grados académicos. No es conveniente esto, y si lo es, y más acertado, que el que va a dedicarse a la enseñanza, ademas de probar su suficiencia, acredite haber asistido a establecimientos de los cuales provengan sus títulos académicos.

Voy al último punto tratado por el señor Esteban Calderón: punto en verdad el más importante, puesto que se refiere al espíritu religioso. No sé si el fervor en algunos llega hasta el extremo de querer que el clero sea el maestro exclusivo en todo. El clero es demasiado discreto para admitir semejante encargo. Todas las situaciones exageradas producen efectos contrarios de los que se buscan. Nos decía el señor Calderón que la libertad la había aprendido en la universidad; y yo pregunto: ¿qué cátedra de libertad había en ella? Los principios religiosos de S. S. creo que provendrán de la escuela; pero en la generalidad, no esto lo traen las circunstancias y la razón madura. No todos los hombres religiosos de hoy han salido de la escuela.

Pero hay mas, señores: la ciencia no es ateísta. S. S. nos citó el ejemplo de Francia en 1813, diciéndonos que los profesores de instrucción primaria habían sido apóstoles de la democracia, mientras que los de la segunda enseñanza se convirtieron como hombres juiciosos, conservadores y de orden: el hecho es exacto; pero da bastante materia para una reflexión, y es que a pesar de que algunos profesores de instrucción primaria, seducidos por los halagos del poder revolucionario, siguieron ese camino, la niñez no se inficionó; mas concediendo que los maestros de instrucción primaria abrasen así y los de la segunda enseñanza, no yo preguntaría a esos señores que quieren introducir, no ya el espíritu religioso que todos queremos, sino la exaltación religiosa: esos maestros de latín, de humanidades, ¿qué aprenden? ¿Qué enseñan? Enseñan el paganismo, la república. ¿Y son por eso paganos? ¿Son republicanos? No.

Véase, pues, destruida otra de las preocupaciones que existen, consistente en creer que los libros que hoy se ponen en manos de la niñez solo sirven para corromperla, y que deben dársele únicamente los libros de los santos padres. Esos libros son indubitablemente muy buenos; pero sin embargo, no son bastante para formar el buen gusto de los niños, para que aprendan las verdaderas nociones de lo bello y de lo sublime: la Biblia tiene pasajes de elevadísima sublimidad; pero no por eso se ha de decir que debe renunciar a Homero, a Demócrito, a Virgilio, a Horacio, a Cicerón, a Cervantes, autores entre los cuales y los sagrados no hay antagonismo ninguno, bajo el punto de vista de la bell. sea. Digo así, porque noto cierto empeño en introducir en las escuelas ciertos libros, los que son muy buenos sin duda, pero no suficientes.

Voy a concluir, y con mas motivo, no faltándole presentes los señores Esteban y Tejada. Los verdaderos sabios no son ateos ni materialistas; puede haber hombres de esa clase, pero esos serán los semi-sabios; tampoco son los sabios delfines, porque el delfino no es religioso, y los sabios son religiosos. El señor Tejada echó de menos a los eclesiásticos en una materia tan grave, sintiendo que no los hubiese en el consejo de instrucción pública; pero los hay, señores, y yo quiero que los haya, aunque sin hipocresía, sin exageración, y con un espíritu que no conduzca al antagonismo, y sobre todo, a la indiferencia.

Concluyo rogando al Senado se sirva dar su aprobación al dictamen.

El señor SIERRA: La discusión que nos ocupa es grave, afectando, como afecta, no sólo a la generación actual, sino a las generaciones venideras; pero qué podrá yo, desde contra un proyecto que trae la aprobación del otro cuerpo, la de la comisión, y la del señor ministro, que lo habrá estudiado muy detenidamente? Sin embargo, sobre punto tan grave, se nos pide autorización para plantear este proyecto de ley; y aun cuando yo las concedo a todos los gobiernos cuando la necesidad lo exige, y si ella no pueden gobernar, no se la daré al actual la que ahora pide, porque no se ve en ese apuro.

Observo en primer lugar, que el preámbulo no está conforme con el artículo; de consiguiente, mas que el dictamen de la comisión, tengo que combatir el proyecto del gobierno; no al gobierno, porque yo no hago oposición a los gabinetes, la hago solo a las ideas y proyectos.

Desde luego declaro no estar conforme con el artículo 10, por el que se declara que la instrucción pública correrá a cargo del ministerio de Fomento. Señores, este ministerio, sin que esto sea ofender a quien lo ocupa hoy, es el que menos debe conocer de este ramo; este asunto lo considero anejo al ministerio de Gracia y Justicia; porque de otro modo resultará que aquellos de que ha de servir ese ministerio para las carreras de la magistratura, se habrán educado bajo la influencia del ministerio que si bien puede estar desempeñado por una persona de talento, por un buen orador si se quiere, acaso no reúna los conocimientos especiales que se exigen para esas carreras.

Como quiera que esta sea la base principal, casi puedo decir que me es imposible aceptar ninguno de los artículos de que el proyecto se compone.

La enseñanza pública se ha descarrilado hace muchos años, está conmovida, vacilante, y si se legaliza mas, contribuiremos a hacer un daño irreparable.

A la muerte del último monarca, la enseñanza pública quedó en muy mal estado; esto es menester que se sepa.

Yo, por desgracia, he tenido mas de una ocasión de hacer comparaciones entre muchos planes, por los puestos que ocupado en la carrera del profesorado, y me he convencido de que la instrucción pública quedó muy bien a la muerte del último monarca, y de que cuantas reformas se han introducido han sido en perjuicio de la enseñanza.

El plan de estudios, obra del P. Martínez, dado en el ministerio del señor Calomarde el año 1824, satisficiera las necesidades de aquella época, y podía satisfacer las de la presente.

Ese plan fue visto por el señor conde de Ofalia, por el señor Búrquez por el señor conde de Fontaños, todos los ilustradísimos y ninguno creyó necesario tocarlo. ¿Qué prueba esto? Que lo encontraron conforme con las necesidades de la época, y que lo juzgaron muy a propósito para impedir que se desbordara la juventud. La enseñanza era casi gratuita desde los tiempos de las Parias; porque el enseñar por dinero, se tenía por una especie de simonía. Estoy, pues, porque el profesor sea gratuito, que así hemos enseñado todos; y si no, que lo diga el señor Ruiz de la Vega.

Las universidades de Salamanca y Valladolid tenían dotación muy escasa: la de Granada ninguna.

He oído antes al señor Olivan, que los estudios se habían descarrilado hasta los reyes Católicos, y que luego se abandonaron otra vez hasta Carlos III; y eso me duele, porque está de por medio el emperador Carlos V, que dentro del mismo país de S. S. hizo fundaciones literarias, y que tenía la historia y el mundo entero con sus hazas; así ray que después de haber venido al mundo, se venia a sí propio.

Dada el señor Olivan que se habían descarrilado los estudios; sin embargo, debo manifestar que en 1525 se estableció un colegio que se fundó en la universidad de Granada, el colegio de Huesca, el de Alcalá de Henares, y en Santa Cruz; y el emperador, a pesar de decirse que era enemigo de las luces, fundó el colegio de niños de San Miguel para que recibieran la educación del Santa Cruz, y de ese colegio salieron algunos de los que entonces se decían maestros, en letras y en cánones.

He probado con los hechos, que valen mas que todos, las razones que tengo para ser enemigo de la dotación de las cátedras, para creer que deben proveerse por oposición, y para sostener que el plan que he reconocido como el mejor era el que reunía todas las condiciones apetecibles.

Se ha hablado de la parquidad del profesorado: precisamente creo que ese es un mal. No por ser mas sabios los hombres enseñan mejor, ni tampoco lo consiguen porque sean mas viejos; creo, por el contrario, que los jóvenes descienden a minorías, y enseñan mejor. «Obediendo docemur.»

Yo, señores, no puedo menos de reprobar este punto, porque aquí se viene a formar una clase separada, independiente de las demás clases, y de un modo que no debe esperarse que produzca buenos resultados. Creo que el señor ministro de Fomento, con el talento que le distingue, pondrá su mayor cuidado en esto, igualmente que en alguna otra base, que tampoco juzgo debe adoptarse.

Siento haber molestado tanto la atención del Senado; pero he creído no poderme dispensar de tomar la palabra en esta cuestión de tanta importancia, esponiendo las razones que me han parecido convenientes, y que acaba de oír el Senado.

El señor ministro de FOMENTO (Moyano): Aunque son tantas y de tan diversa naturaleza las observaciones que se han hecho a este proyecto, procuraré desempeñar lo menos mal que me sea posible, la difícil tarea de contestar.

Los señores Tejada y Sierra han dado gran importancia a que un proyecto de esta naturaleza venga a las Cortes por medio de una autorización y en momentos en que el escaso es el número de señores senadores. El gobierno no puede menos de recordar a este propósito, que a los cuatro días de abiertas las Cortes presentó el proyecto, y de consiguiente no debe, por lo tanto, abrigarse la idea de que no quería una discusión amplia y detenida.

El sistema de autorizaciones en esta clase de gobiernos, como leéis general, es admisible; pero si halla en ese caso el proyecto de que nos ocupamos? ¿Es posible discutir una ley de instrucción pública en todos sus ramos en todos los puntos que abraza? Eso sería inconveniente, por la multitud de sus artículos, que quizás pasarán de 500, siendo la mayor parte de ellos artículos técnicos. Así se ha visto que lo mismo los gobiernos moderados que los gobiernos progresistas, todos, sin excepción, han recurrido en este punto al medio de las autorizaciones. Y tanto es así, que en las últimas Cortes se presentó un proyecto de instrucción pública, que combatió toda la prensa, no porque fuera mejor ni peor, sino por el exorbitante número de artículos que contenía. ¿Y qué sucedió? Que el gobierno retiró el proyecto, presentando después otro que solo contenía las bases, que es lo suficiente y lo que se puede discutir sin dificultad.

Hay otra razón para que el gobierno haya insistido en la discusión del actual proyecto, tal como se ha presentado. La razón es de oportunidad. En el supuesto de que se aprueba hoy, puede plantearse desde 1.º de octubre de este año; mientras que si se deja la discusión para mas tarde, aunque se aprobara en 1.º de enero de año que viene, no podría plantearse hasta dentro de año y medio, es decir, hasta 1.º de octubre. Se ve, pues, la conveniencia de que se discuta ahora, puesto que si hubiese suficiente número de señores senadores en Madrid, bien puede el Senado, no habiendo pendiente otra ley tan importante, ocuparse de esta discusión que, por otra parte, no es responsable el gobierno de que se haya señalado. El señor presidente, en uso de su derecho, ha dispuesto que se entre en ella; y el gobierno, aunque la deseara, no ha hecho mas que cumplir un deber, acudiendo a esta llamada, y defendiendo el proyecto de que se trata.

Decía el señor Tejada que la enseñanza debía ser toda pública. Esto da lugar a una cuestión no conocida entre nosotros, que es la de la libertad de enseñanza; si esta debe ser libre y entregarse al interés individual, o debe ser dirigida siempre por el gobierno, como decía el señor Tejada. En los pueblos donde hay libertad de cultos, ha sido necesario pensar en la libertad de enseñanza, y el clero ha promovido esta cuestión; porque no debe obligarse a un hombre que profesa culto culto, a que lleve a su hijo a ser enseñado por un maestro de culto distinto. Esta cuestión no cabe en un país donde hay unidad católica, y solo apuntó esto para contestar al señor Tejada.

Vamos a la enseñanza secundaria. Tampoco, según mis principios, debe obligarse a que sea recibida en establecimientos públicos. Hubo un tiempo en que pululaban en España esta clase de establecimientos, pudiendo decirse que esta enseñanza estaba entregada al interés individual.

El que quería fundar una escuela y nombraba un patrono, la enseñanza casi era libre. Así sucedió mientras que el espíritu de reforma no había asomado, ni la filosofía había perdido su esotismo, ni se resalta la unidad religiosa y científica. Pero cuando ya ocurrió esta, ofreció dificultad aquel sistema de enseñanza. Apareció la instrucción imponiendo severos castigos a algunos católicos que, a su juicio, se esquivaban, y esto hizo que los demás fueran católicos.

La instrucción perdió su poder, la reforma avanzó, la falta de unidad fue creciendo, y se hizo preciso atacar esa libertad de enseñanza, hasta que el año 24 des-

apareció por completo, quedando solo pocos colegios, y estos bajo la inspección del gobierno, como los de Córdoba, Cádiz, Lema y el seminario de Vergara. Así siguió hasta el año 34 que se principió a hablar de segunda enseñanza, y en el 36 se dio un gran paso permitiendo fundar colegios particulares, avanzándose mas en el 38, en el cual se establecieron colegios de segunda enseñanza; sin mas que participar al gobierno a sus autoridades. Este sistema produjo muy buenos resultados. ¿Por qué? Porque el interés individual es pernicioso, aplicado a este caso.

La enseñanza es una de las cosas que mas resiste, que mas se opone a lo que exige el interés individual, porque en la enseñanza hay dos cosas: una el interés individual que todo lo que sacrifica al mayor lucro, y otra el de la infancia que quiere el saber, que quiere la ciencia, porque ella inspira en las almas sentimientos nobles: el interés individual, o sea el empresario de un colegio, sacrifica lo útil y lo bello, descuida inculcar en sus discípulos esos sentimientos de que hablé antes, porque no se halla esto en armonía con sus intereses, ¿iría a buscar cátedras de saber y de ciencia? Indudablemente que no, porque estos los costarían mucho; permitiéndose por esta razón que los catedráticos de las universidades pudieran enseñar en los colegios.

En cuanto a la instrucción superior, el gobierno se ha reservado el monopolio, y de aquí que la medicina, la cirugía, la jurisprudencia, solo se estudien en las universidades: en primer lugar, porque los que se dedican a esos estudios son jóvenes no tan espuescos como la niñez a los peligros a ella inherentes; en segundo, porque estos quieren ejercer un monopolio, y este monopolio solo puede concederlo el gobierno en bien de la sociedad, exigiéndoles a los favorecidos con él, que hagan sus estudios en las universidades, y estas son las razones que el gobierno ha tenido para consignar en la ley que la segunda enseñanza puede ser privada, contestando así a las objeciones del señor Tejada y del señor Sierra.

Extrañaba el señor Tejada que la instrucción pública se encomendase al ministerio de Fomento, consignando así en la ley, y atando las manos al poder, para que el día que lo crea conveniente pueda separarla al otro ministerio; ¿y qué dificultad habría, señores, en esto, si se considerase necesario? ¿Pues qué, lo que establece una ley no se puede modificar por otra? Pero el señor Tejada extrañaba, sobre todo, que siendo el ministerio de Fomento un ministerio de intereses materiales, se le encargase una cosa que tiene mas de espiritual que de material, siendo mas bien asunto del ministerio de Gracia y Justicia, ¿y sería por ventura chocante que cuando este ministerio necesitase un abogado fuese a pedirlo al ministerio de Fomento?

El señor Esteban Calderón dijo muchas cosas muy agradables para el Senado, y de todo lo que le oí traer aquí sentido, lo que en mi concepto, puede necesitar contestación.

Decía S. S.: «El profesorado ha perdido en importancia con las reformas actuales; yo desearia el profesorado antiguo.» No sé lo que S. S. ha querido decir con esto; comprendo lo que ha expresado el señor Sierra, mas no lo que el señor Esteban Calderón. No sé cómo S. S. ha encontrado, eso en esta nueva era, y llamo nueva era desde el año 34 acá. (El señor Calderón: 45.) Sea el 45, tanto mejor.

El plan del año 34 daba a las universidades la recaudación, administración y distribución de sus fondos, pero advirtiéndole que los sueldos fijos de los profesores se considerarian como sueldos fijos, y no como bases de dotación. A los de filosofía se les señalaban 6,000 reales, y 6,000 a los de facultad mayor, dándose después 9,000 a los de ascenso y 13,500 de término, estableciendo además que las cátedras se ganaran por oposición. Esto no daba una posición independiente, pero al fin era ya un sistema.

El año 45 no había ninguno, porque el año 34 se mandó que no se diera por oposición ninguna cátedra hasta la publicación del nuevo plan, y lo que resultó de aquí fue sustituidos todos los profesores que había en las universidades, sustituidos que se nombraban todos los años el día de San Lucas, con el sueldo de 1,500 rs., que luego se aumentó hasta 3,000.

Decía el señor Sierra que con poco sueldo ha habido profesores notables. Es verdad; ¿a qué negar esta gloria de nuestras universidades? Con poco sueldo ha habido bizarros militares que han defendido su patria, insignes magistrados que han vestido la toga, sin vender por eso la justicia; pero hemos de exigir de todos ese sacrificio? ¿Sería conveniente a la sociedad el exigirlo? Para estudiar mucho, es menester comer algo, esto no puede dudarlo S. S.

En ninguna parte ha sido mas gratuita la enseñanza que en España, y por esta razón se ha dedicado tanta gente que no contaba con recursos, siendo ese el origen de los estudiantes de la sopa.

En parte ninguna cuesta mas ser docto que en Inglaterra, y en parte ninguna hay mas sabios y menos ignorantes que en ese país.

Señores, los errores no vienen de los ignorantes; vienen de los que saben algo, de los semi-doctos; y donde la enseñanza es gratuita, hay muchos semi-doctos. Pero no por eso se ha de cerrar la puerta del saber al que carece de medios de fortuna.

¿Que ha perdido de importancia el profesorado? Nunca estuvo a la altura en que se halla hoy. El año 45, viendo el gobierno que las universidades tenían bastantes 10,000 y 12,000 a la inmensa mayoría, concediéndoles además otras ventajas y derechos. No es una cosa para vivir en la abundancia, pues 12,000 rs. lo tiene un oficial de cualquiera gobierno civil, sin estudios ni trabajos previos, pero la estabilidad de una cátedra adquirida por oposición vale mucho.

Recordando al señor Calderón los rectores antiguos, suspiraba por aquellos días. Es preciso no confundir las cosas; es necesario tener presente el espíritu y tendencia de los siglos. El rector inspiraba mas respeto; no porque su nombramiento fuese debido al claustro, sino porque en aquellos tiempos el principio de autoridad tenía mas fuerza.

Viniendo después los presentes tiempos, se quiso evitar eso; y en el plan de 1845 se dijo que el rector fuese nombrado por el gobierno.

El Sr. ESTEBAN CALDERÓN: Costumbre francesa.

El señor ministro de FOMENTO (Moyano): Dice el señor Calderón que es costumbre francesa, y eso no merece una contestación: lo que hay que examinar es si la que digo es buena o mala.

Es necesario tener presente que el catedrático y el rector son dos talentos enteramente distintos: el catedrático es el hombre de ciencia; el rector es de administración. Entre uno y otro hay la misma diferencia que entre el señor Calderón y yo, examinando la cuestión presente: el señor Calderón y yo, examinando la cuestión en el terreno de la ciencia, y yo particularmente en el de la administración.

La segunda cuestión es si los rectores han de ser nombrados por el gobierno. Desde luego es innegable que esto es mucho mas conveniente para el régimen universitario, y de mas autoridad al rector, por la independencia de que le reviste. Ahora bien: convengo en que por la naturaleza de ese cargo no deben nombrarse personas que nada tengan que ver con las universidades. Por eso en esta ley se dispone que el catedrático pueda ser rector; pero quedando en calidad de supernumerario en caso de que deje de serlo, para entrar como catedrático a la primera vacante, como sucede con un ingeniero que deja de pertenecer a una comisión.

Hay no suede ya lo que antes de venir yo al ministerio: a un catedrático le nombraban rector; ese catedrático dejaba su cátedra; le quitaban después la rectoría, y ya no volvía a desempeñar aquella; y con esto nadie quería ser rector: yo me quedé solo la cátedra por haber tomado la rectoría. Generalmente se nombraba un sustituto que serviese la cátedra en comisión.

Para evitar esto, he dicho: «Catedráticos, pudes ser nombrado rector, si seas provee tu cátedra por oposición, cuando dejes de ser rector quedarás de catedrático supernumerario, con derecho a la primera cátedra que vaque.»

De la enseñanza gratuita me he ocupado ya en otra ocasión: voy ahora a ocuparme de la enseñanza de las mujeres, que es importante, por el papel que desempeñan en la sociedad. La mujer nos alimenta en nuestros primeros años; forma después nuestras alegrías y nuestros pesares; participa de nuestros temores y esperanzas, así como de nuestros miedos, y si no manda ejércitos, domina a los generales; si no tiene autoridad, ejerce al menos una influencia que es preciso hacer saludable en bien de la sociedad. Es necesario reconocer que si las mujeres no han tenido hasta hace poco nada que agradecernos en esta parte, en los últimos años se ha hecho mucho por su educación, aun cuando queda mucho por hacer; siendo lo primero atender a la educación de las mujeres, creando escuelas normales de maestras, lo cual ofrece grandes dificultades, porque los señores senadores pueden comprender los obstáculos con que hay que tropezar antes de conseguir que los padres dejen ir a sus hijas a esas escuelas, en la edad en que naturalmente tienen que hacer lo, cuando por una parte pueden serles mas útiles en ocupaciones, y por otra parte, el que busca una mujer quiere ante todo que la esposa que elija sirva para las tareas propias de la casa, y no para ponerla al frente de una escuela.

Sin embargo, el gobierno hará todo lo que pueda en esta parte, y al efecto se aconsejará de las personas que puedan ser las mas competentes en la materia.

Restame ahora hacerm cargo de un punto importantísimo, de que se han ocupado el señor Tejada y algún otro señor senador; y es la inspección del clero en la enseñanza, de la cual no ha tratado el gobierno en estas bases, por dos razones muy poderosas: primera, porque lo ha creído innecesario; segunda, porque ha juzgado que podría ocasionar un conflicto desagradable.

Señores, una ley que está sancionada por Jesucristo, que se encuentra sancionada también en el concordato, ¿no es una ley de carácter firme y estable, cual todos podemos desear? ¿Pues por qué arancarla de ahí y llevarla a otra ley, ley que hoy hacen los cuerpos legislativos y mañana pueden derogar? Hé aquí, pues, cómo hallándose ese consignado en el concordato, he creído necesario traerlo a estas bases, cosa que hubiera sido inconveniente para los intereses que tratamos de defender.

El Senado comprenderá esto perfectamente con solo ver lo que dicen los siguientes artículos del Concordato, que voy a tener el honor de leer al Senado. Dicen así: (S. S. leyó los artículos 1.º, 2.º y 3.º.)

«No ve aquí el Senado esfuída y terminantemente sancionado este principio? Pues si en un Concordato, es decir, en una ley que, ademas de serlo del reino, tiene el carácter de internacional, como todos los concordatos; si en el concordato, repito, se halla consignado este principio, ¿cómo podrá creerse conveniente el que se consigne ahora, en una ley que se podrá derogar mañana? Si eso está consignado en el concordato, ¿por lo tanto es preciso bajar la cabeza y acatarlo, ¿a qué se ha de discutir si los prelados tienen o no esa inspección? ¿No se crearía un gravísimo conflicto si hiciésemos eso, entrando en una discusión que no puede dar resultado ninguno?»

Por esas dos razones, pues, ha creído el gobierno que era importante, no solo votar, sino también discutir este punto. Lo ha convenido S. M. C. con Su Santidad, y hoy que cumplimos religiosamente, como se cumplirá, como se ha cumplido siempre en España. Ruego, pues, a los señores senadores, que no insistan en que ese particular se traiga a discusión; y concluyendo dando las gracias al señor presidente, por haberme permitido dar estas explicaciones.

El Sr. PRESIDENTE: Si alguna comisión tiene evacuado su dictamen, puede su secretario servirse leerlo.

Con arreglo a la indicación del señor presidente, subió a la tribuna el señor Esteban Calderón, y leyó el dictamen de la comisión sobre el ferrocarril de Gargallo al río Ebro.

El Sr. PRESIDENTE: Este dictamen se imprimirá, se repartirá a los señores señores senadores, y se señalará día para su discusión.

Mañana se reunirá el Senado a la hora ordinaria, para continuar la discusión pendiente; y si hubiese lugar, se discutirá el proyecto de ley sobre concesión de ferrocarril de

El señor ministro de la GOBERNACION: Antes de que el señor Estrella hiciera la pregunta que acaba de dirigir, la Reina nuestra señora (Q. D. G.) se había servido disponer se concediese a los p. r. d. G. el plazo de un mes, contado desde la publicacion de la ley en la Gaceta.

El Sr. ESTRELLA: Doy las gracias al señor ministro, y no hubiera hecho la pregunta si hubiese sabido la resolución de S. M.

Reforma constitucional.

Continuando la discusion sobre este asunto, y leído el artículo 17, dijo:

El Sr. SANCHEZ SILVA: Una indisposicion dió lugar a que tuviese que retirarse el Sr. S. cuando no podía figurar que me tocara el turno de la palabra. Prefiero la discusion al retraimiento.

Siento no haber podido usar de la palabra en la totalidad; pero ya que perdí a ocasion, y que he de ceñirme al artículo 17, voy a hacer algunas consideraciones.

Me opongo a este artículo por innecesario, disolvente, anti-constitucional y opuesto a las prerrogativas del Rey.

Es innecesario, porque todas las cosas se hacen para obtener algun beneficio o para corregir algun mal. ¿Y qué motivo ha tenido ningun gobierno para venir a destruir el equilibrio entre los poderes constitucionales? ¿No han tenido todos mayor, hasta excesiva, en el Senado? Solo los célebres 105 votaron en 1851 contra un proyecto de caminos de hierro; y solo por aquel tiempo dió una prueba de independencia votando contra el gobierno, se dice que el Senado necesita utilizarse y apuntarse.

Señores, es evidente que esta reforma es innecesaria. ¿Cuándo se hace esto? Al mismo tiempo que se trata de rebajar la importancia de la Cámara popular, quitándole el derecho de formar su reglamento.

El reformar, señores, innecesariamente, perjudica a cierta clase; porque hecha la distribucion de los poderes, el rebajar una clase enalteciendo otra, es siempre funesto para los países.

Señores, se habla mucho de Inglaterra, y muchas veces se habla como si se hablase del Japon. En Inglaterra desde el reinado de Ricardo Corazon de Leon y Juan sin Tierra, está establecido a favor de la aristocracia el derecho de legislar en la gran carta que arrancaron al rey quinientos. Los grandes, los barones. ¿Aqui quién ha conquistado la libertad? El pueblo. ¿Se quiere, pues, comparar lo que ha sucedido en Inglaterra, con lo que ha pasado en España? ¿Han sido los grandes los que han arrancado a los reyes las Constituciones políticas? Señores, y a los reyes les ha tenido muy poca cuenta esa importancia de los grandes; y si no, ¿dicen los miserables reinados de los Juanes y los Enriquez, digalo el infeliz reinado de Carlos II. Los reyes han hecho a muchos ministros grandes, pero a ningun grande le han hecho ministro.

Por lo demás, la cámara de los lores de Inglaterra está en la mayor decadencia. Cuando se aferró la cámara de los lores en no conceder la emancipacion de los católicos, ¿qué sucedió? Que los comunes la obligaron al fin a ceder. Y lo mismo pasó con las leyes de cereales, y lo mismo con el income-tax o impuesto sobre las rentas.

Pero ademas de innecesaria esa medida, es disolvente, pues cuando todos esperamos que el ilustrado gobierno de S. M. llamase en su derredor a todos los partidos, los aleja de sí mas y mas. Si antes habia gran distancia entre el partido que escribió la Constitución de 1837 y el moderado, ¿qué puede esperarse ahora que se trata de una reforma tan trascendental, cuando se crea una clase privilegiada, incompatible con los principios de derecho que nosotros profesamos?

Señores, no es el mejor medio de enaltecer la grandeza, darle una colocacion permanente en la organizacion del Estado por medio de los mayorazgos. Desde que hay mayorazgos en España, ¿la decadencia de la grandeza española? Y si no, yo pregunto: ¿quién es el duque de Arco? ¿Se que título está en la casa del duque de Oñate, pero me ha costado el trabajo de averiguarlo. ¿Y el duque de Alburquerque? Y el conde de Aranda? Figuran en la historia; pero ya están confundidos con otros apellidos, y hay en España quien tiene diez y doce grandezas. ¿Y el crear vinculaciones, ¿va a elevar la grandeza a la preponderancia que tuvo antiguamente? ¿Qué usón! Tuvo su tiempo, cuando cada día habia una provincia que arrancar al enemigo; pero hoy está quieto y pacifica en su casa, sin soldados, sin vasallos.

Si el objeto del gobierno, supuesto el derecho hereditario, hubiera sido que la vinculacion se hiciera en rentas públicas, no perturbaria la libre transmision de la propiedad territorial. De manera que, además de tener esta ley tantos inconvenientes políticos, lleva en sí grandes errores económicos.

Es tambien esta ley innecesaria, porque la soberanía, el derecho de hacer leyes, no puede ser patrimonio de ninguna persona. Pues qué, ¿heredan los hijos los talentos y el valor de los padres? ¿Se reparten así los derechos como los grados y honores? Si pudiéramos evitar los inconvenientes de la monarquía electiva, esta sería la mejor; y cuando en todo está establecida la elección, ¿es constitucional crear una senaduría hereditaria? Se dice que por así nalar. ¿Es por ventura esta alguna obra de arquitectura? Yo no reconozco aquí hereditario mas que el trono, porque es conveniente al país; esa aristocracia es una superfección.

Yo pediría a la Reina que no sancionase esta ley, porque mengua sus atribuciones en una parte esencialísima, privándole de la elección de 40, 60, a 80 senadores que pueden ser tal vez la mayoría. Podrían los grandes alguna vez ligarse contra esta Reina u otra. ¿Y queréis, señores, reducir a la nulidad al Rey, vosotros monárquicos, quitándole el apoyo del Senado con poner en ella una aristocracia que siendo legítima por derecho propio no tendrá que tener consideraciones con nadie?

Señores, ¿qué que los diputados de 1837 queramos votar una cosa que traiga la ruina del gobierno representativo? Aquí se nos quiere tatar la boca con un reglamento hecho por una ley; y al mismo tiempo, se introduce en el Senado un elemento desconocido hasta ahora, é innato; y si a esto se agrega lo que se ha votado sobre la imprenta, yo quiero que se me diga qué queda de las instituciones de 1834, a donde se decía que íbamos a volver.

Señores, la reforma de hoy justifica plenamente la revolución de 1834, porque se prueba la evidencia de la sospecha que entonces tuvieron los revolucionarios. Si en veinte y cuatro horas se transforma a la ley fundamental, mañana, después de otras elecciones, podrá proclamarse en otras veinte y cuatro horas, el absolutismo con Montemolin a la cabeza.

Habiendo probado lo que me proponía demostrar, creo que el Congreso deberá negar su voto a este proyecto.

El Sr. BORRERO: Pido la palabra para un incidente a que esta discusion ha dado lugar.

El Sr. marqués de AÑÓN: Es tal la emoción que experimento al hablar por primera vez en este sitio, que no sé si podré ser dueño de mis palabras.

He pedido la palabra en pró, porque si bien esa reforma no me satisface completamente, veo que en ella se sientan una idea política y un principio económico, en que no pueden menos de estar de acuerdo todos los amantes de la monarquía constitucional.

La cuestion de la reforma venia de mucho tiempo atrás planteada. El gobierno, lo que ha hecho, ha sido resolverla. Estaba planteada desde 1832; pero en 1854 se alzóron todos los virreyes sociales, se pusieron en tela de juicio las bases de la sociedad española. Y en verdad que es extraño que el señor Sanchez Silva sea tan amigo ahora de la prerrogativa de S. M. cuando su s. n. r. va hoy aquí por el Senado electivo, que se la quita enteramente.

Decía el Sr. de los Rios Rosas, que siempre que se verificaba una modificación en un partido se dejaba sentir en todos; lo mismo acontece respecto de los sucesos políticos: la reaccion es un suceso lógico, y después que pasó la revolución de 1854, los que salvaron entonces el trono y la sociedad, comprendieron que la constitucion de 1834 no respondia a su pensamiento, y el señor marqués de Añón, lo que hicieron las Constituyentes imponiendo una Constitución a la Reina, lo que hicieron los ministros de 1856 imponiendo la ley al país, lo que hace el actual gobierno validando del congreso de todos los poderes legislativos.

Yo creo esa reforma oportunísima, porque es preciso anular las fuerzas vitales de la sociedad para poner un dique a los torrentes invasores de la democracia. ¿En qué consiste que después de cuarenta años de ensayo no hemos podido conseguir que sea una verdad el gobierno representativo? En que no se puede constituir un país a priori, en que las organizaciones políticas, para ser estables, tienen que basarse sobre la organización social de las naciones.

Nos en nuestra España el gobierno representativo nació con nuestra monarquía; pero en vez de tomar el punto de partida en nuestra historia, hemos tomado teorías inaplicables a los hábitos de nuestro país. Dijo el señor Sanchez Silva que los pueblos eran los que habían arrancado los privilegios a los monarcas. Este es un error: las cartas pueblas y los privilegios dados a las ciudades fueron otorgados por los reyes para ayudar a la reconquista.

Los señores Sanchez Silva y Añón rectificaron. El señor marqués de SAN CARLOS: He pedido la palabra en contra, no porque disienta del artículo, sino porque advierto en él una laguna que me hubiera alegrado de que la comisión hubiera llenado. Necesitando la aristocracia no ser exclusiva y reclutarse en las demás clases de la sociedad, me parece que hace falta una ley que indique las condiciones que han de llevar los que sean llamados a esta clase.

Recorden los señores diputados que las funciones a que han sido llamados los individuos de esta clase, han sido casi siempre de domesticidad cerca de la real familia. Ahora, que se ha tratado de hacer esta reforma, es cuando me ha parecido oportuna la ley de que he hablado antes.

Solo para obtener algunas explicaciones en este punto, he sido para lo que he tomado la palabra en esta cuestion, y desearia que al menos, si este principio no se quiere consignar en la ley, se dijera si el gobierno se ocuparía de ella mas adelante.

El Sr. ZARAGOZA: No he comprendido bien la pregunta del señor marqués de San Carlos, pero creo que dice S. S. que en que casos ha de disfrutarse la grandeza los privilegios que hoy se le conceden y que no se la han concedido nunca.

En este punto me parece que S. S. está equivocado; porque una Cámara alta no ha existido en ninguna nacion de Europa hasta este siglo, y cuando se estableció en España se dió en ella asiento por derecho propio a los grandes de España.

Ademas no se establece como pretende el señor marqués de San Carlos un privilegio, porque si esto puede considerarse como tal, esta Cámara es de privilegios, y aun el cuerpo electoral lo es tambien, porque ni a uno ni a otro pueden concurrir todos los españoles.

La comisión no puede prometer la ley que ha pedido el señor marqués de San Carlos, porque esta no es asunto de su incumbencia, y si acaso, solo puede contestar a S. S. el gobierno.

Los señores marqués de San Carlos y Zaragoza rectificaron.

Sin mas discusion se aprobó el art. 17.

El Sr. BORRERO: He pedido la palabra para una alusion personal.

El Sr. SANTA CRUZ: Yo la pido con el mismo objeto.

El Sr. PRESIDENTE: La tendrán SS. SS. Puedo usarla el señor Borrego.

El Sr. BORRERO: Es de mi deber dar explicaciones acerca de la renuncia que hice el sábado de la palabra en contra del proyecto de reforma.

En las circunstancias en que se hallaba el Congreso a aquella hora, y en el estado de las Cortes, que todo el mundo espera que se cierren de un momento a otro, varios amigos del gobierno, a quien he dado siempre mi voto, excepto en la cuestion de imprenta, me dijeron que pensaban renunciar la palabra que tenían pedida en pró, y me suplicaron que yo renunciara la que habia pedido en contra.

No tuve dificultad en acceder, y por eso obré del modo que lo hice.

El Sr. PRESIDENTE: El Congreso está satisfecho de las explicaciones de V. S.

El Sr. SANTA CRUZ: Para contestar a la alusion que me ha dirigido mi amigo el señor Sanchez Silva, no tendré mas que suplicar al señor presidente se sirva mandar leer la proposicion presentada a las Cortes constituyentes en 30 de noviembre de 1854, firmada por los señores San Miguel y otros, y el resultado de la votacion.

El señor secretario BELDA: La proposicion dice así: «Pedimos a las Cortes se sirvan acordar que una de las bases fundamentales del edificio político, que en uso de su soberanía van a levantar, es el trono constitucional de don Isabel II, Reina de las Españas, y su dinastía.—Palacio del Congreso 28 de noviembre de 1854.—Manuel de la Concha.—Pablo Avoila.—Miguel Zorrilla.—M. Cortina.—Patrio de la Escosura.—Evaristo San Miguel.—El marqués de Perales.»

Esta proposicion fue tomada en consideracion en votacion nominal por 205 votos contra 21.

El Sr. SANTA CRUZ: Ruego tambien al señor presidente se sirva hacer que esa proposicion se inserte en el Diario de las sesiones, y si es posible tambien en el Extracto oficial.

El Sr. PRESIDENTE: Así se hará.

Se leyó el art. 18.

El Sr. PRESIDENTE: El señor Canga Argüelles tiene la palabra en contra.

El Sr. CANGA ARGÜELLES: Señores diputados, por mas que quiera desvanecerse el efecto que ha debido producir a estas horas en el país el acontecimiento que tuvo lugar en esta cámara el sábado, yo creo que no podrá lograrse. En esa sesion he visto yo intervenir directamente la mano de la Providencia. Las palabras del señor general Narvaez, eran el grito de agonia del moribundo parlamentarismo. (El señor Gonzalez Brabo pide la palabra.)

Decía entonces el señor Gonzalez Brabo que nadie creeria al oír aquella discusion que se trataba de otra cosa que de depurar el motivo por qué los señores que tenían pedida la palabra en contra de la reforma constitucional la habían renunciado. Pues bien; yo acepto las explicaciones dadas por los señores Gonzalez de la Vega, Santa Cruz y Borrego. Entonces, ¿por qué el enojo del presidente del Consejo y del presidente de la comision? ¿Qué es esto, señores, exclamaba el señor duque de Valencia? ¿Qué escándalo inaudito es que una ley pase sin oposicion? A esto quedan reducidas las palabras de S. S.; y cuando hace pocos días decía el gobierno que no le dejaban gobernar las muchas enmiendas presentadas a la ley de imprenta, antes de ayer se quejaba de que no se le hacia oposicion. ¿Qué contradicciones son estas, señores? ¿Qué sistema es este que así descubre sus defectos?

Yo he pedido la palabra en contra del artículo 18 porque no habia podido hablar sobre la totalidad de la ley, y no queria dejar de hacerlo en un asunto tan altamente político.

S. S. en este mismo artículo, la ley será buena o mala, según lo sea la ley de vinculaciones. Yo no puedo, por consiguiente, darle mi voto, porque no puedo asociarme a ningun acto que pueda interpretarse en el sentido de que concurro a la política que aconseja a S. M. sus ministros responsables. Yo considero esa política desastrosa y de fatales consecuencias para el país, porque es la del liberalismo doctrinario; y esta, según un eminente publicista, no domina sino cuando la sociedad desfallece, cuando el mundo no sabe si irse con Jesús o con Barrabás; entonces gobierna esta escuela, que nunca dice afirmo, ni niego, y que a todo dice distinguiendo.

El interés de esta escuela está en que no lleguen los días de las afirmaciones o las negaciones supremas. Y para esto, por medio de la discusion confusa de todas las nociones; y el pueblo, oyendo perpetuamente en boca de sus soñistas el pró y el contra de todas las cosas, o una misma cosa, mirada bajo puntos de vista diferentes. El período de esta escuela es siempre breve, porque la discusion perpetua es enemiga de la discusion perpetua, y apremiados los pueblos, se derriban por las calles pidiendo resueltamente a Jesús o a Barrabás, y volando en el polvo la cátedra de los sofistas. Por eso yo no puedo dar mi confianza a los hombres que representan estas ideas.

¿No veis, señores diputados, cuál es la situacion de España?

¡Cisnes! ¿Dónde están? La revolucion las ha disueltos. ¿Partidos? ¿Qué son los partidos constitucionales? Cadáveres en completa putrefaccion, cuyas infames fracciones os impiden hasta clasificarnos. ¡Tronos! ¿Qué

es el trono? La conciencia de los señores diputados les dirá si el trono es hoy el símbolo de la unidad del poder, o si es otra cosa que los partidos han destruido al convertirle en escudo para satisfacer sus ambiciones. ¿Pueblo! El pueblo no puede menos de existir; pero transformado por la predicacion del error, empieza a dar su contingente a las falanges socialistas que incendian de Castilla y saquean y roban en Andalucía.

¡Iglesia! ¿Qué es la iglesia? Para responderme, bastan los ayos exhalados por las personas piadosas, y los tiempos que se están arruinando por falta de recursos para reedificarlos.

Y es esta, señores, la época en que han de gobernar los gobiernos que, como el presente, nunca niegan ni afirman y siempre distinguen.

Hace nueve meses que subieron al poder los actuales ministros, y todas las negociaciones con la Santa Sede están aun por resolver.

El Sr. PRESIDENTE: Ruego a V. S., señor diputado, que se contraiga a la cuestion.

El Sr. CANGA ARGÜELLES: Estoy aprovechando este debate para explicar las ideas políticas que representan.

Decía, señores, que el gobierno no puede atender al lenguaje revolucionario, ni tampoco quiere contestar a los que nos hemos empeñado en hacerle oír la palabra católica. Decía el gobierno que la ley de desamortizacion habia despojado violentamente a la Iglesia de sus bienes, y sin embargo no devuelve esos bienes a la Iglesia, y dispone de ellos como si fuera su legítimo dueño. El católico conoce la verdad...

El señor ministro de ESTADO (Pidal): Aquí todos somos católicos.

El señor PRESIDENTE: Ruego a V. S., señor diputado, que se contraiga al artículo que se discute, y que se va a leer. (Se leyó.)

El Sr. CANGA ARGÜELLES: Concluyo con la cuestion religiosa, y paso a ocuparme de la política.

Dice el gobierno en el preámbulo de la convocatoria de Cortes, que cuando estas están reunidas, es el mejor tiempo para realizar con su acuerdo cuando conluzca al mayor brillo de la fe de nuestros padres, y al mayor esplendor del trono. Esta fórmula satisfizo al país, y se creyó que se iba a entrar en un período de franca restauracion. ¡Vana ilusion que el tiempo ha desmentido! Para esto era necesario entrar en el terreno de las afirmaciones, y el gobierno se ha mantenido en el terreno de las distinciones.

En los primeros días de su existencia, buscó el apoyo de los hombres monárquicos y religiosos, y después de constituir con ellos los municipios, se ha opuesto a que vistan la túnica de legisladores. Por eso ha traído aquí las bases de instruccion pública que, siendo católicas al decir del gobierno, son combatidas por el catolicismo, y votadas por los progresistas.

El señor PRESIDENTE: Por segunda vez advierto a V. S. que no estravia la cuestion.

El Sr. CANGA ARGÜELLES: Estoy demostrando una proposicion que he sentido.

El señor PRESIDENTE: Se van a leer los artículos 142 y 144 de reglamento. (Se leyeron.)

El Sr. CANGA ARGÜELLES: Dejando aparte las bases de instruccion pública, tenemos la ley de imprenta llamada liberal por el gobierno, los al decir de liberales, draconiana.

El Sr. PRESIDENTE: Señor diputado, V. S. no puede hacer esa calificacion de una ley votada por ambos cuerpos colegisladores, y sancionada por S. M.

El Sr. CANGA ARGÜELLES: Por último, señores, este proyecto de reforma ha ocasionado la reprobacion de los partidos que se creen mas constitucionales, y no ha sido tampoco aceptada por los sinceramente reformadores, porque no es sino un simulacro de reforma.

Véase, pues, cómo la política del gobierno es la política de las distinciones; la política, que, según una frase del señor presidente del Consejo de ministros, produjo la revolucion de 1854. ¿Y no es una obstinacion temeraria empeñarse en sostenerla sin ceder a las exigencias de la opinion y a la salvacion del país?

La situacion de España es mala, y para salvarla es preciso plantear la bandera católica y destruir con ánimo resuelto y mano fuerte todos los elementos que debilitan el trono elaborando las leyes, como dice una ley de Partida, con ruido y con el consejo de los hombres sabidores. Ya veis si aquí se elaboran las leyes sin ruido. Si queréis tener una Constitución estable, haced que sea en vez de un libro escrito por los partidos, un libro donde se escriban las leyes fundamentales de esta gloriosa monarquía.

Para acabar con los bárbaros del socialismo, tenemos el Evangelio. La política hace tiempo que anda divorciada de la religion; vuelvan a unirse con estrecho lazo, y entonces, y solo entonces, la España se salvará.

El Sr. GONZALEZ BRABO: No sé, señores, si me alzarán las fuerzas para contestar al señor Canga Argüelles, porque he tenido que levantarme de la cama, donde me hallaba indispuerto, para venir a esta sesion.

Voy, sin embargo, confiado en la indulgencia del Congreso, a ocuparme del singular discurso pronunciado por el señor Canga Argüelles, y el señor presidente conocerá que habré de salir de la cuestion para hacerme cargo de él.

Lo primero que me ocurre es la calificacion que el señor Canga Argüelles ha hecho de esta cámara, llamándola cátedra de sofistas. ¿Desde dónde ha estado hablando S. S.? ¿Y permítame que le diga que ha hablado desde la cátedra de los sofistas con el sofisma.

Puesto que S. S. viene con preguntas e interpelaciones, yo tambien le dirigire preguntas a S. S. Alcabó se ha levantado en este sitio la voz de principio absolutista. Yo acepto el combate; examinéase a ía con la historia en la mano, y vean si con todas sus perturbaciones no ha adelantado España mas en los años que llevamos de gobierno representativo, que en esos siglos que enoia el señor Canga Argüelles.

Pero S. S. ha calificado la conducta del partido moderado como la de un partido doctrinario, y ha dicho: «Ni afirma ni niega; distingue.» Yo pregunto a S. S., ¿qué ha hecho siempre la humanidad, mas que distinguir? ¿Qué han hecho los santos padres, mas que distinguir en uno y otro: conofio? Suprimid la discusion y los partidos malos.

Los partidos malos, el moderado, están espuestos todos los días a esta especie de contiendas que se ven atacados por los partidos extremos, y en todos tiempos la sociedad viene regida por los partidos malos, porque solo en ellos está la medida con que puede dirigirse la sociedad en los tiempos tranquilos.

Pero ha dicho el señor Canga Argüelles que no habia mas que dos banderas, la de Jesús y la de Barrabás; si éste es el origen del mal, ¿cuántos males no se han perpetrado en nombre de la bandera de que S. S. es partidario? Ya que S. S. ha hablado de los incendios, yo recordaré a S. S. la historia, y esa servirá de contestacion.

La bandera de Jesús y la de Barrabás están una y otra en todas partes, y lo que hay es que aquí se está haciendo del catolicismo una bandera de partido, y yo me levanto contra eso, porque es un sacrilegio. ¿Pues qué, la religion católica está identificada con ningun sistema de gobierno? ¿No hay republicas tan católicas como la nacion española? La religion católica ha brillado siempre por su elasticidad para desplegarse a toda clase de gobiernos, y bueno es que discutamos sobre las cosas discutibles: pero debemos dejar a los sentimientos religiosos en el templo que les han levantado en los coramones verdaderamente cristianos, y no hagamos estos principios instrumento de nuestras ambiciones personales.

Y puesto que de trono y de monarquía se habla, diganos S. S. las aspiraciones de qué monarca son las que representa. Don Isabel II es monarca constitucional a condición de serlo, y por consiguiente, no puede ser el monarca del señor Canga Argüelles, y yo, que estoy dispuesto a decirlo todo, diré a S. S. que su monarca es un príncipe proterito.

El Sr. CANGA ARGÜELLES: Protesto contra esas palabras.

(Varios señores diputados: Esa es la verdad.)

El Sr. COELLO: Eso es llamar a la revolucion. (Grande agitacion; muchos señores diputados piden la palabra.)

El Sr. CANGA ARGÜELLES: Estoy solo: protesto contra esas palabras, y pido que se escriban.

El Sr. GONZALEZ BRABO: Escribir enhorabuena; yo las sostengo aquí, y demostraré la exactitud de lo que he dicho.

El Sr. REINA: Que se sostenga en el uso de la palabra al orador, porque aquí parece que los que menos han hecho por la libertad, se empeñan en sofocar la voz.

El Sr. CUADRILLERO: Aquí se quieren atribuir opiniones que no se han manifestado.

El señor VICEPRESIDENTE (Maquieira): Orden, señores, orden.

El Sr. GONZALEZ BRABO: He dicho, señores, que sostengo y sostendré en todas partes lo que he dicho aquí, sin que haya nada que me arredre, como no me ha arredrado nunca el cumplimiento de mi deber.

He dicho que el monarca de S. S. era un príncipe proterito... (Muestras de aprobacion; grande agitacion, que interrumpe al orador.)

El Sr. REINA: Señor presidente, estoy en el caso de pedir que se observe el reglamento.

El Sr. VICEPRESIDENTE (Maquieira): Ruego a V. S. señor Gonzalez Brabo, que se cina a la cuestion.

El Sr. CANGA ARGÜELLES: Señor presidente, son gravísimas las palabras que me ha dirigido el señor Gonzalez Brabo; yo no reconozco otro monarca que don Isabel II, y no es justo que se me atribuyan intenciones que no tengo.

El Sr. GONZALEZ BRABO: Yo probaré que sí.

El Sr. VICEPRESIDENTE (Maquieira): Ruego a V. S. que se contraiga en lo posible a la cuestion.

El Sr. GONZALEZ BRABO: Aquí se han vertido proposiciones que es necesario contestar; si los que las han vertido se sienten heridos por la contestacion, que tengan paciencia como yo la he tenido para escucharlos, y si se irritan que aprendan a moderarse, que para eso son católicos. (Muestras de aprobacion.)

El Sr. VICEPRESIDENTE (Maquieira): Orden.

El Sr. GONZALEZ BRABO: He dicho y repito, que los partidarios del régimen absoluto no pueden menos de ser los partidarios del príncipe proterito, porque desde la muerte de Fernando VII, los absolutistas se fueron al campo de D. Carlos, y los liberales se quedaron al lado de la Reina, y de la lucha que se entabló nació en el ánimo de nuestra soberana la conviccion de que no habia mas cimiento sólido para los derechos de su legitimidad que los principios del gobierno representativo, y han sido necesarias las revoluciones que ha experimentado nuestro país para que volviera a renacer el partido absolutista.

Pues bien, señores, puesto que ya hay esa bandera, y que tiene su apostol en este sitio, voy yo a demostrar lo que es el partido absolutista. ¿Concebís, señores, el trono absoluto de Isabel II privándose de repente de todos los que, profesando doctrinas constitucionales, le han sostenido desde que era niña, y siendo rodo de los partidarios del príncipe proterito? Pues esto solo se concibe en un salto diabólico, y por eso he dicho que los que defienden el príncipe absoluto, sostienen el advenimiento al trono del príncipe proterito.

Pero ha dicho el señor Canga Argüelles, que el partido monárquico constitucional no tiene constancia mas que para hacerle escudo de las ambiciones de todos. ¿En qué se funda su señoría? Acaso no hay ambiciones en el partido absolutista? ¿Venga aquí la crónica escrita del campamento de don Carlos, y veremos si hay derecho para d. r. tambien eso, respecto de los que sostienen el régimen absoluto; solo que nosotros tenemos nuestras ambiciones públicamente, mientras que en las antecámaras de los palacios no se sabe a la sombra de qué se agitan. (Bien, bien.)

Pero el señor Canga Argüelles ha atacado al gobierno porque no devolvía los bienes nacionales. Tambien yo pudiera decir que su señoría distingue, puesto que, según tengo entendido, es poseedor de muchos bienes nacionales.

El Sr. CANGA ARGÜELLES: Eso no es cierto.

El Sr. GONZALEZ BRABO: Si mis informes no son ciertos hoy, podrá serlo, y no he dicho esto en un sentido que pueda ofender al señor Canga Argüelles, sino para demostrar que al lado de la legalidad absoluta, está el principio de los intereses creados, reconocidos hasta por los pontifices.

Vea el señor Canga Argüelles cómo si tuviera paciencia no encontraría motivo para ofenderse de lo que yo le digo.

Pero por las palabras que pronunció el sábado el señor presidente del Consejo de ministros, juzga el señor Canga Argüelles que todos estamos en perturbacion, y que las instituciones representativas decaen. No, el principio parlamentario no muere, y la prueba es, que el gobierno, que a su entrada en el poder hubiera podido (y acaso hubiera hecho bien) ejercer la dictadura, nos ha llamado aquí, y que cuando se convocan cortes nuevas, acude a los colegios electores una juventud como S. S., que no quiere de ningun modo desprenderse de las prácticas constitucionales.

Que los partidos están en descomposicion. ¿Acaso el absolutista está unido? ¿Pues no hay, y ha habido en todos tiempos, una porcion de fracciones de este mismo partido?

Ningun hombre de buena fe puede negar el principio de autoridad; es necesario que todos aceptemos este principio, y que arriba, abajo y en medio, renuncie todo el mundo a la fuerza de las armas, porque la confusion en que nos encontramos nace de que abajo los hombres de buena fe tienen una reaccion tiránica como la que el señor Canga Argüelles no podía menos de plantear; porque arriba se temen tambien un estallido insurreccional como lo que acaba de tener lugar en Andalucía, y el poder tiene obligacion de defenderse.

Por esta razon estoy yo sosteniendo con todas mis fuerzas al gobierno de S. M. Porque creo que ha llegado el momento de que es preciso que adquiera aquella robustez que cuenta para realizar las miras salvadoras a que está llamado el país, y sin las cuales sería imposible llegar nunca al término de nuestros deseos. Y si este poder no ha de ser incondicional, ¿quéales son sus condiciones? Para firmarse para lo que necesita el gobierno no obra de buena fe; para esto se hacen estos ensayos. El partido de la discusion está en su terreno, y nadie duda que todas las ideas que se acomodan a la legalidad, deben de tener su esfera de accion mientras se conserven dentro de las condiciones de paz y de obediencia en que deben vivir todos los subordinados.

Yo no entraré a defender la política del gobierno, porque ya lo he hecho en otra ocasion, y solo diré para concluir, que he contestado a S. S. como conviene, porque si S. S. se ha expresado con energía y calor, con ese mismo calor, con ese mismo calor y esa misma energía ha debido ser contestado.

El Sr. LASO DE LA VEGA: Pido la palabra para hacer una súplica a la mesa.

El señor PRESIDENTE: La tiene V. S.

El Sr. LASO DE LA VEGA: Yo, que unidas religiones estoy completamente de acuerdo con el señor Canga Argüelles, por mas que en principios políticos esté separado de S. S.; yo, que no creo como el señor Gonzalez Brabo que la legitimidad de S. M. la Reina don Isabel II consista en la proclamacion popular de su derecho, ni en su triunfo en los campos de batalla, sino en la legitimidad histórica; yo, distante de ambos señores, soy imparcial en la cuestion, pido al señor presidente que permita hablar al señor Canga con la misma latitud que lo ha permitido al señor Gonzalez Brabo.

El Sr. GONZALEZ BRABO: Mi amigo el señor Laso de la Vega acaba de decir que no he encontrado mas legitimidad en don Isabel II, que en los campos de batalla: no dije eso. Dije terminantemente, que la legitimidad de don Isabel II era indudable, que en los campos de batalla recibió el bautismo de sangre, y en una decision parlamentaria la confirmación.

El Sr. LASO DE LA VEGA: Estamos de acuerdo.

Los señores Canga Argüelles y Gonzalez Brabo rectificaron.

El señor ministro de ESTADO (marqués de Pidal): Señores, a pesar de que la discusion que acaba de presentarse al Congreso no cubra dentro del reglamento, y no sé si se diga en el recinto de esta Cámara, habiendo todos jurado la constitucion; a pesar de eso, el gobierno no ha tenido un verdadero placer en que esta cuestion se haya traído aquí por el señor Canga Argüelles; era muy conveniente